

Ágora

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA



2643

DOMINGO 30 DE MAYO DE 2021

El naufragio del vapor *Colima*.



ESCRIBEN: José Luis Larios, Eréndira Cortés, Salvador Velazco, Jorge Rivas,
Sandra Sevilla, Herles Velasco y Brandon Enciso.

Crónica de un trágico suceso: el naufragio del vapor “Colima”

José Luis Larios García*

El periódico oficial *El Estado de Colima*, informa a la población el trágico suceso que padeció el vapor “Colima”, propiedad de Pacific Mail Steamship Company, ocurrido el 27 de mayo de 1895, en las costas del estado. El naufragio fue publicado por los periódicos de circulación nacional, incluso del extranjero. Igualmente, se enviaron telegramas entre las autoridades aduanales y políticas locales, en los que se notificaron las novedades de salvamento y todo lo concerniente al devastador percance, como las pérdidas humanas y materiales.

De acuerdo con correspondencia emitida por la aduana marítima de Manzanillo, se recogieron algunos objetos que salieron a la playa, como un piano muy maltratado, botes de petróleo, valijas de correspondencia, cajas de equipaje, pedazos de puerta de los camarotes del “Colima” y tablas de la cubierta. Asimismo, se dio parte de las personas que lograron salir a la orilla del mar, que fueron rescatadas en diversos puntos de Colima y Michoacán.

Este acontecimiento dejó al menos 25 sobrevivientes y más de 160 víctimas mortales; por tal motivo, se retoma de manera íntegra y respetándose la redacción original, el informe de Blas Ruiz, empresario y presidente del Ayuntamiento de Manzanillo, remitido al gobernador del estado, Francisco Santa Cruz, el 28 de mayo, donde menciona lo siguiente:

“El domingo 26 del corriente a las 3 p.m. salió de este puerto, con destino al de Acapulco, el vapor americano ‘Colima’ de 2,143.85 toneladas, su capitán Taylor, llevando ochenta hombres de tripulación, incluso el Capitán y el Doctor, y 124 pasajeros, de los cuales se embarcaron en este puerto: Santos Rodríguez, Severiano Michel, Carlos Ruiz, Esteban Cisneros, F. Covarrubias, Lucía Covarrubias, José Barrera y Ángel Gutiérrez. A eso de las 4 de la misma tarde, principió a interrumpir su marcha regular un temporal que presto se tornó en desecho, arreciando tanto el viento y poniéndose la mar de tal manera gruesa, que no pudieron ir adelante el buque, fue preciso mantenerlo a la capa, batido incesantemente por fuertes mares que cada vez lo ponían en más inminente peligro. Así se pasó la noche y la mañana del siguiente día, siempre aguantándose a la capa para resistir el temporal, pero a la 1 y 20 p.m. de ese mismo día (según algunos de los naufragos y según otros, al medio día) el vapor fue importante para resistir los embates del mar enfurecido, uno de cuyos golpes lo hizo sucumbir instantáneamente, sumergiéndolo en el abismo de océano, como a 30 millas al sur de este puerto y a 12 o 15 de la playa, frente a la boca de Apiza.

“Todos los pasajeros y tripulación del ‘Colima’, se habían dado cuenta del gran peligro que corrían, aumentando cada vez más y más la consternación, sobre todo entre los niños y las mujeres, y en medio de la más terrible desesperación elevan al cielo sus plegarias, clamando perdón.

“En el momento de la catástrofe, sólo unos cuantos tripulantes y pasajeros quedaron flotando sobre la superficie de agua, arrojados por la misma al sumergirse el vapor, haciéndose la mayor parte de ellos a botes y fragmentos de tablas en los que veían su salvación.

“Dos o tres botes y una infinidad de fragmentos de madera hecha de astillas, lo mismo que unos cuantos bultos de mercancías, entre todo lo cual luchaban por salvarse los naufragos, era todo lo que denunciaba que había existido el vapor ‘Colima’. Desde entonces quedaron abandonados a sus propias fuerzas, como juguetes del mar. Que

todavía embravecida, amenazaba a cada momento sepultarlos en su seno. Luchando así a brazo partido con la desgracia, divisaron ayer a las 6 a.m., al vapor ‘San Juan’, que procedente del Sur se aproximaba hacia ellos, como un recurso de salvación que les mandara la Providencia. Este vapor, por una casualidad feliz, venía notablemente retardado.

“Entre tanto algunos de los tripulantes y pasajeros del mismo ‘San Juan’ a su vez, comenzaron a ver pequeños fragmentos de madera que les hicieron suponer el naufragio de algún pequeño buque velero mexicano. Mas a poco, divisaron una valija de correo que llevaba escrito el nombre de Guatemala, y cuyo hecho sí les llamó fuertemente la atención. Pocos momentos después, encontraron sobre una tabla, prestándose mutuo auxilio dos naufragos: un inglés llamado H. W. Boyd y otro mexicano que responde al nombre de Carlos Ruiz. Refieren éstos que minutos después del siniestro, el primero bregaba sobre un insignificante fragmento de tabla, advirtiéndolo lo cual, por el segundo, que andaba asido a una tabla de más consistencia, lo que llamó a su lado y haciendo mutuos esfuerzos lograron salvarse juntos, no sin haber apurado a última hora el inglés en favor del mexicano todos los recursos que estuvieron a su alcance para alentarlos en la grande fatiga de que se sentía preso.

“Fueron encontrados después en distintos lugares, por botes del ‘San Juan’ que salieron en diversas direcciones, los pasajeros Domingo Albano, John M. Thornton y Ángel Gutiérrez, que desembarcaron en este puerto. Además, se salvó también otro pasajero americano cuyo nombre ignoramos, lo mismo que el de 15 tripulantes igualmente salvados y que continuaron a bordo del ‘San Juan’, habiendo sido encontrados casi todos sobre pedazos de tabla; pues de los botes del vapor sólo uno se encontró por el ‘San Juan’ enteramente sumergido de la popa y cuya proa servía de tabla de salvamento a un hombre.

“La operación del mismo ‘San Juan’ buscando naufragos duró ayer de las 6 a.m. a las 2 p.m.; habiendo sido interrumpida con motivo de haberse roto una de las cadenas de hélice, que afortunadamente se reparó una o dos horas después. Sin embargo, se teme por muchos que todavía anden bregando en el mar algunos naufragos, en los botes que no encontró el ‘San Juan’ a pesar de todos sus esfuerzos. A bordo del ‘San Juan’ a su llegada [Manzanillo, Colima] aquí todavía reinaba una gran consternación entre tripulantes y pasajeros, al grado de que muchos de estos intentaban continuar su viaje para San Francisco por tierra, vía México, pues les horrorizaba la idea de volver a navegar.

“Al despedirse los naufragos [el] inglés [que fue para San Francisco] y mexicano, que se salvaron juntos, fuimos testigos de una escena conmovedora: el segundo, profundamente emocionado, dio al primero un fuerte abrazo en cambio de lo cual recibió un beso en la mejilla de su compañero de desgracia. Se dijeron adiós, seguro para no volverse a ver, aquellas dos almas fuertes, que juntas habían luchado por la vida”.

*Investigador del Archivo Histórico del Municipio de Colima

luislarios.ahmc@gmail.com

Referencia: AHMC: Periódico oficial *El Estado de Colima* (1 de junio, 1895), tomo XXIX, núm. 22, pp. 87 y 88.



De acuerdo con correspondencia emitida por la aduana marítima de Manzanillo, se recogieron algunos objetos que salieron a la playa, como pedazos de puerta de los camarotes del “Colima”, y se dio parte de las personas que lograron salir a la orilla del mar, rescatadas en diversos puntos de Colima y Michoacán. Este suceso dejó al menos 25 sobrevivientes y más de 160 víctimas mortales.

Hasta los tímpanos

Mantra de libertad

Eréndira Cortés



*No baby, Jesus didn't have no room
No place in the world to be born
V.H.*

Divino debía ser aquello que creó esta caja de resonancia. ¿Cuál habría sido su función primigenia? Se pregunta Vera. Alza la mirada, ve pasar oficinistas por la acera, tan campantes en su piel clara, en sus trajes negros y con sus privilegios a cuestas, se responde segura que la voz no se nos dio para blasfemar altanerías, no señor. Y restriega el trapo sucio y entona lo que recordaba escucharle a su padre y abuelo, plegarias del campo hechas melodía que intenta asir con sus cuerdas bucales cada tanto para que no se las lleve el tiempo.

*Ooh Lordy, my trouble so hard
Don't nobody know my trouble but God...*

Siente que cada vez que canta es un intento siempre fallido de llegar a Dios, pero es lo mejor que tiene, es la posibilidad de transformar todo el dolor y sufrimiento propio, ajeno, o generacional en una chispa para salir adelante. ¿Qué es Dios? Ni ella lo sabe, pero lo siente como un vislumbre en todo el cuerpo cuando alcanza la armonía y ahí más allá de su lengua le hace retumbar los tejidos, los huesos, las células, el alma.

Si mi gente ha sobrevivido a la inmundicia en este nuevo

mundo, ha sido por aquella fuerza que les viene quién sabe de dónde cuando cantan, está segura. Nos pueden quitar todo menos la voz. Nos pueden encadenar una pierna y ponernos a picar tierra, pero no nos callan el canto, no señor, porque a ellos también les gusta, algo se les enciende en el fondo. Lo piensa mientras restriega la mugre y tararea sin despegar los labios, y sabe muy dentro de sí, entre sus agudos y graves, que Dios no tiene idioma ni color de piel.

Confía en ese tal profesor Lomax, se convence a sí misma, no me importa si sigo en la miseria, aún así le prestaré mi voz; no para salir de pobre, sino porque sé que con sus máquinas van a preservar estos cantos que son mi legado, lo que mi gente y mi pueblo viene entonando desde que nos trajeron aquí. No son sólo palabras, no señor, esto que sale de lo más profundo de mi pecho no tiene traducción, pero todos lo pueden entender.

Así me imagino a Vera Hall tomando esa pequeña gran decisión en 1937, desconociendo aún los senderos que recorrería su voz, de los archivos sonoros de la Biblioteca del Congreso, a la consola de un músico que en 1999 confeccionaría el éxito *Natural blues*. Y de ahí a los millones de oídos como los míos. Esa voz que entonces no tenía la menor idea de dónde provenía, me hacía pensar en un monje tibetano, un budista calvo con sus túnicas guindas, sentado en posición de loto y repitiendo la frase como un mantra, y así lo repetía yo, era como mi mantra de libertad.



La cantante Vera Hall (1902-1964).

Haikús para él

Sandra Sevilla

I

Sueños lúcidos,
vivencias de tus poemas
en mi cadera.

II

Te pienso tanto,
que mis senos amamantan
estrellas de mar.

III

Dame un beso,
hablemos lo callado,
eriza la piel.

IV

Lame mi altramuz,
tu epifanía seduce,
expande tu voz.

Tecnocultura

No hemos sabido crear nuevos consumidores

Herles Velasco

Largo hemos hablado en el último año de los efectos de la pandemia en el consumo de arte y cultura en el mundo, de lo negativo —por supuesto— y también de sus posibilidades. Hoy me despierto con la noticia de un festival de música masivo en Barcelona, el Primavera Sound 2022 a celebrarse en junio del año que entra, 415 artistas en 10 días de festival; no niego que sentí de inicio cierta emoción por un mundo que regresa a la normalidad; lo cierto es que no será así, no porque no seamos capaces de superar esta crisis —ya lo hemos hecho a lo largo de nuestra “corta” historia en este mundo—, es que la devastación ha sido tremenda y es seguro que hemos perdido mucho en esta odisea. Sí, no dejará de haber Zona Maco, FIL, Vive Latino y tantos otros festivales, pero hay que decir que éstos sobrevivirán porque lo que han perdido es recuperable, son una minoría de gigantes.

La UNESCO da cifras de la devastación: los museos tienen apenas un 30 por ciento de visitantes, el 90 por ciento de los sitios considerados patrimonio de la humanidad cerraron a lo largo de 2020 y en lo que va de este año, la ausencia de conciertos impactaron en poco más de 60 por ciento en los ingresos de la industria musical —80 por ciento en los ingresos directos de los músicos—, el cine un 74 por ciento, y más de la mitad de las ferias de arte se suspendieron; pero otra vez vivimos en una burbuja en la que creemos que el retorno de algunos eventos masivos es señal de buena salud para el arte y la cultura; en África sólo 5 por ciento de sus museos tienen presencia en línea y casi la mitad de la población mundial no tiene acceso a internet, amén de los estragos económicos que impedirán a muchos

beneficiarse del regreso a esa ansiada normalidad.

Por otro lado, Netflix incrementó casi 20 por ciento sus suscripciones y Spotify un 25 por ciento en el mismo rubro; más allá de que no se haya equilibrado la balanza, estas grandes empresas no compensan prácticamente nada a los creadores, en el caso de Spotify se trata de 5 por ciento de esas ganancias para los músicos.

No hemos aprendido, hasta ahora, la manera de retribuir, y en consecuencia valorar y revalorar la influencia del arte en nuestras vidas.

Por supuesto, las posibilidades que dan las nuevas tecnologías de alguna manera democratizaron los mundillos del arte y la cultura, acercan a los creadores, irónicamente, con una intimidad entre éstos y los consumidores, como no se había visto nunca, y qué decir de las posibilidades de disfrutar de contenidos y obras de manera gratuita, en una oferta que quizá llegó a superar la demanda; pero no hemos aprendido, hasta ahora, la manera de retribuir, y en consecuencia valorar y revalorar la influencia del arte en nuestras vidas, o dicho de otro modo: no hemos sabido, creadores y consumidores, fomentar la aparición de un “público nuevo” adaptado a las nuevas realidades no sólo en su manera de consumir, sino de retribuir.

Los números negativos que ha dejado y sigue dejando la pandemia en el ámbito cultural están ahí, y habrá sobrevivientes que aprovecharán las ganas de regresar a la normalidad, pero no hay que olvidarse que son los menos y que quedarán muchas más “víctimas mortales” en el camino.

herles@escueladeescritoresdemexico.com



La artista Ashlee Montague baila en Times Square, Nueva York, durante la pandemia.



A las nueve en punto

Oda al Niágara

Salvador Velazco

*¡Niágara poderoso!/ ¡Adiós! ¡adiós! Dentro de pocos años/
Ya devorado habrá la tumba fría/ A tu débil cantor.
¡Duren mis versos/ Cual tu gloria inmortal! ¡Pueda piadoso/
viéndote algún viajero,/ Dar un suspiro
a la memoria mía! José María Heredia*

Acabo de leer *La novela de mi vida* del escritor Leonardo Padura (La Habana, 1955), publicada en 2002 por Tusquets Editores: una extraordinaria reconstrucción histórica de la vida de José María Heredia, quien es considerado el primer poeta romántico en América Latina. Heredia nació en 1803 en Santiago de Cuba y murió en México en 1839. Apasionado defensor de la independencia de su isla natal, participó en la conspiración de los Soles y Rayos de Bolívar en 1823 que, al ser descubierta por las autoridades coloniales, lo obligó a salir al exilio a Estados Unidos primero y luego a México. En nuestro país, al que llega en 1825, Heredia —quien había estudiado leyes— tuvo un puesto en la administración de justicia, además de desempeñarse como catedrático de literatura y periodista. Murió a los 35 años víctima de tuberculosis, enfermedad que había contraído durante su estancia de dos años en el vecino país del norte por los rigores del invierno de Boston y Nueva York.

Gran parte de la popularidad de Heredia se debe al poema “Niágara”, que figura en las antologías literarias junto a otras de sus célebres poesías como “En el teocalli de Cholula” o “En una tempestad”. La oda al Niágara —aparecida por vez primera en 1825 en Nueva York y luego una versión corregida en 1832 en México— es producto de una visita que hizo Heredia a las famosas cataratas en junio de 1824. Desterrado por su lucha a favor de la emancipación de Cuba y con un futuro incierto a los 20 años, el poeta se enfrenta con la visión sublime de esta maravilla de la naturaleza. Vio despeñarse a sus pies el poderoso torrente del Niágara y lo aturdió el ensordecedor trueno de las aguas. Sin lugar a duda, el poder de la cascada provocó en Heredia una profunda revelación de lo sagrado, quien sintió estar en presencia de una obra prodigiosa del mismo Creador. Y comenzó ahí mismo a escribir el que habría de convertirse en el más famoso de sus poemas.

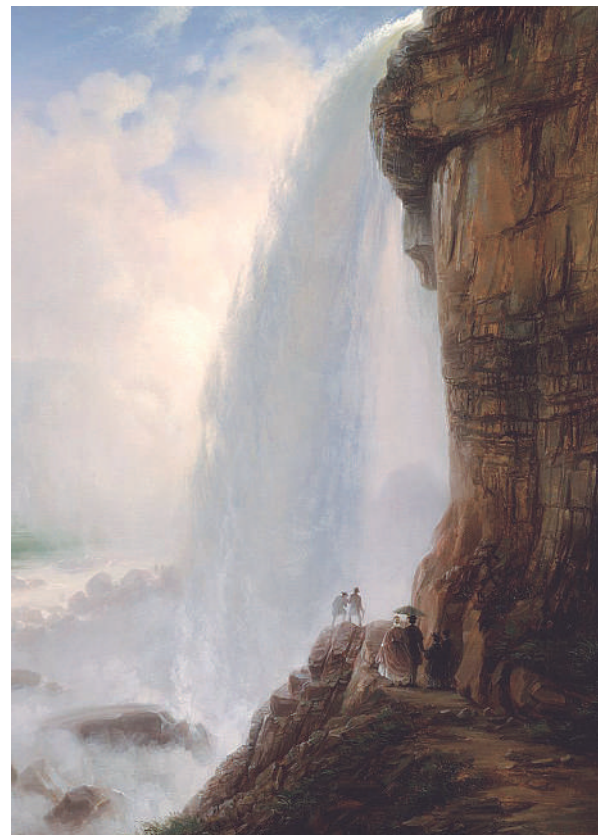
En la novela de Leonardo Padura es el mismo Heredia como narrador en primera persona el que nos cuenta la excelsa experiencia: “En medio de aquella exaltación espiritual y del convencimiento de la equivocación que era mi vida toda, saqué un papel y, después de largos meses de absoluta sequía poética, sentí que me desbordaba, como el río de la montaña: Dadme mi lira, dádme la, que siento/ En mi alma estremecida y agitada/ Arder la inspiración. ¡Oh!, ¡cuánto tiempo/ En tinieblas pasó sin que mi frente/ Brillase con su luz...! Niágara undoso,/ Solo tu faz sublime ya podría/ Tornarme el don divino, que ensañada/ Me robó del dolor la mano impía” (cito por la reimpresión que se hizo en México en 2019, página 200). El torrente del Niágara es para Heredia una fuente de inspiración como si acaso le hubiera prestado su voz. A principios del siglo XIX, el poeta todavía alcanzó a contemplar ese portentoso de la naturaleza en un estado casi prístino, primigenio,

prehistórico, apenas alcanzado por el hombre moderno.

El pasaje de la novela de Leonardo Padura, en donde se cuenta la expedición de Heredia al Niágara, me hizo retroceder a la década de los noventa cuando Rebeca, mi mujer, y yo, tuvimos la oportunidad de visitar las cataratas. De 1991 a 1996 vivimos en Ann Arbor, una encantadora y pequeña ciudad del Medio Oeste norteamericano que desde 1837 alberga a la Universidad de Michigan. En esta universidad hicimos nuestro doctorado. Aprovechando que el trayecto en automóvil desde Ann Arbor hasta las cascadas era de cuatro horas aproximadamente, cruzamos la frontera para adentrarnos en territorio canadiense y llegar a Niagara Falls, Ontario, ciudad contigua a las cascadas. Uno tiene, de inmediato, al contemplar el sublime espectáculo, la impresión de no haber visto nada igual de bello y es inevitable que te embargue un cúmulo de emociones cuando observas la colosal caída de las aguas y te estremece el imponente estruendo del torrente. Tengo la certeza de que el Niágara conserva intactos sus grandes poderes para establecer una conexión espiritual con los viajeros que llegamos a sus riberas.

Y sin embargo, el Niágara al que le cantó José María Heredia en 1824 no es el mismo que los viajeros empezaron a ver hacia fines del siglo XIX, cuando las cataratas dejaron de ser, en esencia, una fuente de inspiración para los poetas románticos. Nos advirtió el filósofo alemán Martin Heidegger (1889-1976), en su conferencia “La pregunta por la técnica” (1953), de los riesgos de usar la tecnología para hacer de la naturaleza un medio para un fin o una ‘reserva disponible’ para la explotación. En esto se han convertido, precisamente, las asombrosas cascadas al dejar de ser una fuerza inspiradora de sublime poesía para convertirse en la primera central hidroeléctrica en la historia. Mediante un sistema de compuertas se desvía el caudal para dirigirlo a las centrales productoras de electricidad, lo que ha restado gran fuerza a la impetuosa catarata. En otras palabras, el Niágara ha sido domesticado para hacer posible el suministro de energía a ciudades cercanas al río tanto en la parte estadounidense como en la canadiense.

En esos años en la Universidad de Michigan, Rebeca y yo visitamos algunas veces las cataratas del Niágara y en 2005 regresamos una vez más con nuestros hijos Daniela y Diego. Nuestro asombro permanecía intacto cada vez que nos asomábamos a escuchar las voces del torrente y a saciar nuestros ojos con las aguas coronadas por ese arcoíris sublime, a pesar de estar rodeados de otros turistas igual de pasmados, a pesar de que Niagara Falls se ha convertido en una ciudad que combina el circo y la fiesta para entretener a los millones de turistas que visitan las cascadas cada año. No estoy seguro de qué pensaría José María Heredia si regresara en espíritu para ver la transformación que ha sufrido ese monumento natural que cuenta con 12 mil años de antigüedad. Sentiría quizá una profunda nostalgia por ese paraíso de vapores y raudales deslumbrantes que el poeta vio cuando era naturaleza salvaje pura, apenas tocada por los viajeros, y a la que le dedicó el poema por el cual ha pasado a la historia como el cantor del Niágara.



Underneath Niagara Falls (1862), óleo de Ferdinand Richardt (1819-1895).

El torrente del Niágara es para Heredia una fuente de inspiración como si acaso le hubiera prestado su voz. A principios del siglo XIX, el poeta todavía alcanzó a contemplar ese portentoso de la naturaleza en un estado casi prístino, primigenio, prehistórico, apenas alcanzado por el hombre moderno.

Bob Dylan, una leyenda rodante

Ágora

Dicen que los homenajes deben hacerse en vida, pero tal vez a Bob Dylan es lo que menos le preocupa. Este mes cumplió ochenta años y en 2022 tendrá sesenta de trayectoria musical, tras haber publicado su homónimo álbum debut: Bob Dylan (1962). Desde entonces a la fecha, se podría decir promedia un disco por

año.

Presentamos estas siete imágenes que forman quizá el periodo más significativo que lo convirtió en leyenda, desde sus inicios en el folk hasta el rock, desde “Blowing in the wind” a “Like a rolling stone”, himnos universales de ambos géneros. Desde Joan Baez a Sara Lownds, pasando por “Knockin’ on Heaven’s door” y “Hurricane”.



Bob Dylan se mudó de Minneapolis a Nueva York en 1961, cuando tenía 20 años. Frecuentaba los bares folk del barrio bohemio de Greenwich Village ofreciéndose para dar conciertos. Llegó a decir que era huérfano y que se había escapado de un circo. También aseguró que era medio sioux, cuando procedía de judíos europeos del Este. En la imagen, tocando en el Singers Club Christmas, en su primera visita a Inglaterra, en 1962.



Joan Baez y Bob Dylan a principios de los años sesenta. Baez era ya bastante conocida musicalmente cuando se encontró con el músico, al que transmitió una conciencia social que ella ya había desarrollado con una férrea defensa de los derechos civiles.



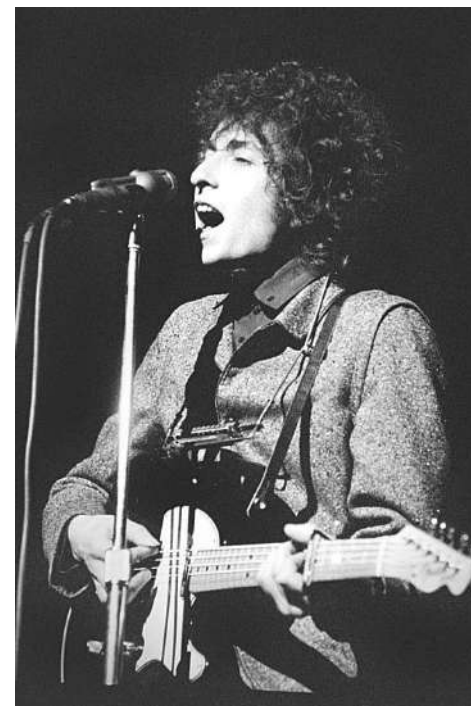
Dylan editó en un solo año, 1965, dos discos considerados obras maestras y tremendamente influyentes: *Bringing It All Back Home* y *Highway 61 Revisited*. Esta imagen corresponde a la grabación del segundo, en el que aparece el mayor de sus éxitos: “Like a rolling stone”.



En 1970 asistió a la Universidad de Princeton, en Nueva Jersey, para recibir un premio honorífico. También se galardonó a la viuda de Martin Luther King, Coretta Scott King (ambos en la foto). En su libro *Crónicas*, el músico cuenta que se enfadó cuando fue presentado en esa gala como “la expresión auténtica de la conciencia perturbadora y preocupada de la joven América”.



A dueto con Neil Young, para disfrutar unos minutos en el escenario y dar la oportunidad a los asistentes de decir: “Yo los vi juntos una vez”. Como se aprecia en esta foto de 1974, en Los Ángeles.



En 1966 Dylan se electrifica en directo. Los puristas del ‘folk’ no se lo perdonan. Le gritan “Judas”, lo abuchean, rompen sus discos, reniegan de él. Pero no había vuelta atrás. En una entrevista en 1978 dice: “Era una dirección que debía tomar. No podía seguir siendo el folkie solitario del lugar y rasguear ‘Blowing in the wind’ tres horas cada noche. Yo siento mis canciones como parte del acervo musical”.



Sara Lownds es la mujer más importante en la vida de Dylan. Se casaron en 1965 y se divorciaron en 1977. Tuvieron cuatro hijos. Hay muchas canciones del músico inspiradas en ella, como “Sara”, “Sad-eyed lady of the Lowlands” o “Tangled up in blue”. En el disco *Blood on the tracks* (1975) hay muchas referencias a la relación.

Le Panier

Jorge Rivas

Para Mariela M.

El niño entra corriendo, busca refugio en la tienda de monsieur Belmont.

“¿Ahora qué pasa, Adrien?”, pregunta el tendero incauto. “Mamá me quiere matar”, contesta, mientras procede a esconderse tras un estante, cuidadosamente ordenado, de grifos de soda. “Y te irá bien si eso pasa, pequeño *salop*”, dice la regordeta madre del fugitivo, que entra con aires monumentales.

La pequeña tienda está ubicada en la esquina de la calle du Refuge, en el barrio francés Le Panier, y su dueño, monsieur Belmont, tiene como pasatiempo escuchar día a día y con ahínco a Edith Piaf. Alega que cuando joven pudo posar sus labios en la mejilla izquierda de ella, en una reunión que sucedió por mera coincidencia, ocasionando un amor naciera en él. Desde entonces espera el destino haga lo suyo y una sus caminos en la vida.

Su canción favorita es la clásica *La vie en rose*. Antes de irse a dormir toma el retrato de esta cantante, reproduce el vinil y sueña que, por primera vez en 49 años, por fin vuelve a estar junto a ella. Por supuesto, nadie cree lo del supuesto primer encuentro.

“¿Por qué es que quiere matar a Adrien, madame Marion?”, cuestiona respetuosamente el hombre que compra pan y queso, cuyo nombre es Ivo, gran periodista y dueño de *Le gourmet*, un minúsculo local que funge como cafetería. “¡Ese *salop* robó dinero de mi bolsa!”, agrega madame Marion, “y pregúntele ¿qué se fue a comprar con eso, Ivo?”.

El joven se ríe, mientras con firmeza sujeta lo que en su pecho se apoya. “Compré golosinas, monsieur Ivo”. “Eso es mentira, *petit*, todos en la ciudad saben que las mejores golosinas están en *Amour du Piaft*, mi tienda, y yo no recuerdo haberte vendido golosinas. Anda, ya sal de ahí y di la verdad”.

“Quiere bajarle a ese escándalo de música horrible”, dice la madre del niño, envuelta en cólera y con las venas del cuello infladas a casi reventar. “La música de mi amada no es ningún escándalo, mucho menos es horrible, vieja fea”, responde ofendido monsieur Belmont. “Viejo pelón, y grosero. Así es, viejo grosero y mentiroso. Madame Piaf jamás se fijaría en usted como tanto anda diciendo por ahí”, y señala con su dedo índice.

“A mí no me señale con su dedo de salchicha y mucho menos me llame mentiroso. Claro que la conocí. Ella me dijo que estaba enamorada de mí, después partí a la guerra y no volví a saber de ella”, protesta el tendero. “Calma, calma”, interfiere Ivo, “todos sabemos que eso no es verdad, pero no es motivo para pelearse”. “Tú cállate”, responden los dos en controversia al unísono.

Adrien, ante la ventaja que produce la situación de esa inesperada riña, da pasos con cautela, pretendiendo fugarse para así poder leer en paz el libro que se compró con los francos que a su madre hurtó. “¿A dónde vas, Adrien?”, pregunta Agatha, una chica que tenía como encomienda comprar cierto artículo de la tienda, pero fue tanta la emoción que le brindó el espectáculo dentro que ha olvidado lo que su padre le ordenó. “¿Qué te voy a vender, Agatha?”. “No sé, monsieur; se ha borrado de mi mente lo que papá pidió”. Se encoge de hombros y hace una mueca

de confusión. “¿Y tu hermano dónde está?, hace tiempo que no le veo a Albert”, pregunta Ivo, con una sonrisa enmarcada. “Papá dice que lo vio treparse a un halcón e irse por los cielos”, responde la chica, y devuelve la sonrisa, que pierde ternura a medida que sus ojos bizcos se abren evocados por su gran simpatía.

El niño desaparece, y su madre, roja de rabia, da pasos que hacen retumbar los ventanales de la tienda y se marcha para seguirlo. “*Autre temps, autres mœurs*”, dice Ivo.

El padre de la niña entra, tambaleándose de lo ebrio que está y, una vez se da cuenta su hija está ahí metida perdiendo el tiempo, comienza a gritonear: “¡Agatha!”. La chica bizca cubre su boca del lado derecho y susurra a los dos hombres dentro “Ya recordé porque venía... Más alcohol para papá”. Tanto monsieur Belmont como Ivo se golpean la frente y tuercen sus ojos.

“Agatha, ¿por qué serás tan estúpida? ¿Qué no te das cuenta que necesito licor para dejar de ver al fantasma de tu madre?”, refuta el papá de ella.

Le da una bofetada y pide una botella de licor. Se la da el tendero y se va, dejando a su hija ahí. “No se preocupen, ya me acostumbré”, y suelta una risa para ocultar la vergüenza producida por el maltrato de su padre. “¿Por qué no tomas un halcón y haces lo mismo que tu hermano? Seguramente se fue a París, y seguramente lo hallarás ahí”, recomienda Ivo. “Sí, yo vi halcones en la costa esta mañana. Si te das prisa, podrás subir a uno. Recuerda que se van a la puesta del sol”, interfiere monsieur Belmont para aconsejar. “¿Ustedes harían eso, ir por su libertad sin saber a dónde se dirigen en verdad?”, pregunta Agatha. “¡Sí!”, responden los dos. La chica sale de la

tienda corriendo y llorando, va con el destino camino a su libertad. “*Merci*”, grita a lo lejos, mientras su figura pierde tamaño.

“¿Le doy su queso y su pan, monsieur Ivo?”. “No, ya no, se me ha ido el apetito, mejor consérvelos hasta mañana. ¿Qué hora es, por cierto?”. “Para usted las

6:13, y para mí, hora de cerrar; suficiente por hoy”. “*Bonne nuit, monsieur Belmont*”. “*Bonne nuit, monsieur Ivo*”.

Belmont vuelve a poner *La vie en rose* y comienza bailar, recuerda su pasado en la guerra, la vez cuando por fin creyó en Dios que fue en una trinchera, las 66 balas que atravesaron su cuerpo, la segunda cita con esa cantante, la cual nunca se ha dado sino en sus sueños.

Llora por el fuego que arde dentro de él, pero que, sin embargo, a nadie calienta. La voz, esa voz, de la mujer que cruza el umbral bajo un sol que se va de Le Panier, que alumbra a un niño que lee escondido tras un buzón, la chica que se despidió de su barrio mientras vuela en un halcón rumbo a París, la luz del sol que se filtra a la habitación de un triste periodista cuya vida ya le resulta absurda y prefiere poner una soga en el cuello y después dar un salto desde una silla para así divorciarse de este mundo.

La voz que reclama al destino porque la separó por 49 años del hombre del que se enamoró y que estuvo esperando para un segundo encuentro pero que, por una carta que decía: muerto en batalla, dejó de buscar, al igual que lo hizo él.



¿Por qué no tomas un halcón y haces lo mismo que tu hermano? Seguramente se fue a París.

De amor, muerte y robots

I/II

Brandon Enciso Alcaraz

Hace unos días se estrenó en Netflix la segunda temporada de *Love, Death and Robots*, y, al igual que la primera, tiene sus puntos muy altos, y otros que, considero, pudieron estar mejor.

Esta segunda temporada “peca” de ser más corta que la primera, pero ¿qué tal los capítulos? A mi parecer, mucho mejores, la primer edición tuvo capítulos entretenidos, pero olvidables, en tanto que ahora se avocan más a la profundidad, son más filosóficos, están mejor escritos con tramas más memorables. A mi gusto, una serie larga jamás será mejor, de nada te sirve tener mil capítulos si 8 de cada 10 no aportan nada a la historia o la extienden de forma innecesaria.

Pero, ya sobre la reseña breve de cada episodio, empezamos con Servicio al cliente automatizado, una suerte de parodia de *Terminator* donde una aspiradora decide que va a asesinar a su dueña luego de un malfuncionamiento, y es salvada al final por la acción de

La hierba alta sería el capítulo de terror de esta temporada, y lo que inicia como la promesa de una linda vista, se vuelve pronto una pesadilla. La curiosidad casi mata al hombre, el misterio queda irresuelto, y yo aprendí que si un día viajo en tren, no debo bajarme si éste se detiene a mitad de la nada.

una escopeta de doble cañón y una huida heroica (¿?) en un carrito de golf. Cómica, sí, al igual que en la primera temporada, se dejó espacio para algo de humor, ¿veré con desconfianza a la *Alexa* que tiene mi madre en su habitación después de ver este capítulo? Por supuesto ¿deberíamos reflexionar sobre los peligros de depender tanto de la tecnología? No hay duda.

El segundo capítulo es Hielo, que apuesta por una animación que, a mi gusto, es la más propositiva (en esta temporada abundó el hiperrealismo). Su aspecto estético y paleta de colores me encantaron, así como los planteamientos que se hacen sobre la capacidad humana, las diferencias sociales y el apoyo entre hermanos. Breve, pero conciso.

Respuesta evolutiva es el tercer episodio y uno de los más emocionales, con más de una lectura posible de sus planteamientos. Una humanidad que ha alcanzado la inmortalidad a cierto costo, y una represión hacia quienes deciden romper ese estatus quo. Tiene un aire a *Blade Runner*, hay que decirlo. Mi mayor temor con este capítulo es que sea malinterpretado, pues da vueltas sobre un tema que genera polémica para rato, no diré más, recomendando verlo.

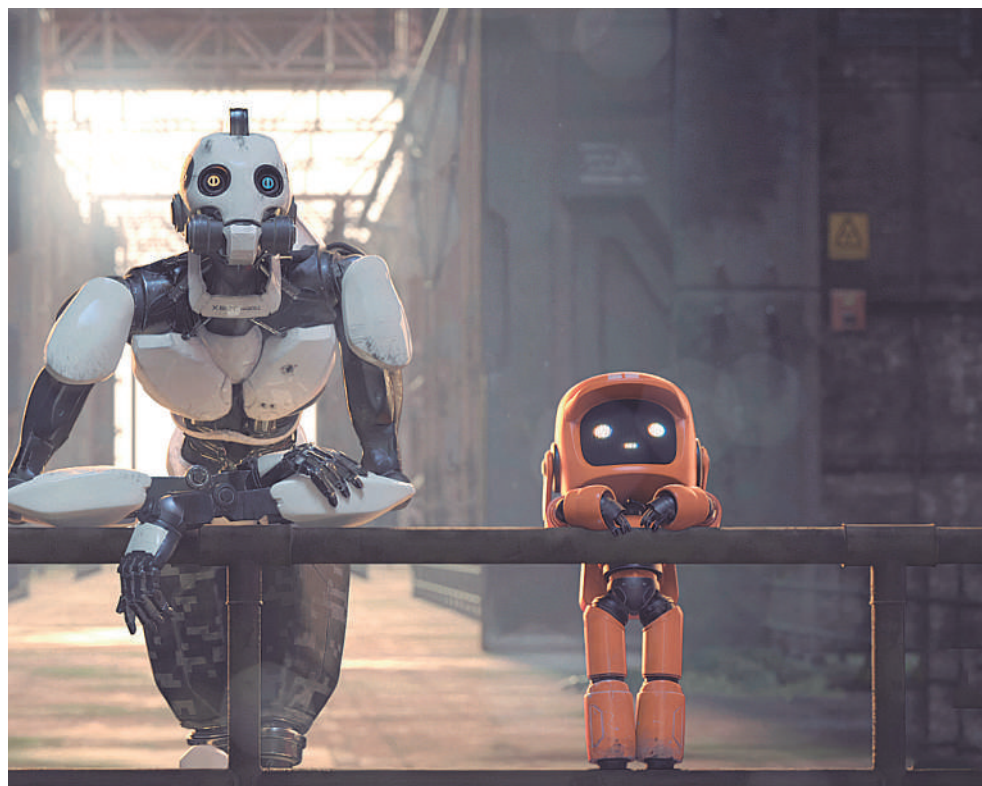
El cuarto episodio es Un albino en el desierto, el único que tiene las tres premisas del título, robots, muerte y amor. Una vez más se nos habla de la inmortalidad y sus costos, con buena acción y alguna reminiscencia a *The Mandalorian*, aunque esto último quizá es sólo cosa mía.

La hierba alta sería el capítulo de terror de esta temporada, y lo que inicia como la promesa de una linda vista, se vuelve pronto una pesadilla. La curiosidad casi mata al hombre, el misterio queda irresuelto, y yo aprendí que si

un día viajo en tren, no debo bajarme si éste se detiene a mitad de la nada.

Sigue La visita, el cual combina la comedia con el terror, dándonos un giro de tuerca que nos deja casi tan desconcertados como a los niños protagonistas, que ansiosos por ver a Santa Claus, se llevan una horrible sorpresa, la cual termina con ellos obteniendo lo que esperaban recibir, todo gracias a que se portaron bien, pero ¿y si no lo hubieran hecho? Quizá entonces este capítulo sería uno de terror solamente.

El espacio me ha quedado corto, y restan dos capítulos más por reseñar, así como dar mis comentarios generales sobre esta segunda temporada. ¿Le interesa leerlos? Entonces, quizá, nos vemos la próxima semana.



DIRECTOR: ENRIQUE ZÁRATE CANSECO

COORDINADOR: JULIO CÉSAR ZAMORA

Imágenes: Fotos de Archivo.

Correo: diarioagora@hotmail.com